

HANS HABE

COMO ANTAÑO DAVID



«Opinarán que *Como antaño David* es el relato de un viaje efectuado por Hans Habe. ¡Otro libro sobre Israel!

No, no es tal cosa; es el libro de un ser humano que escribe sobre sus semejantes. Preguntarán ustedes: ¿Es imparcial? Tampoco lo es; sólo pueden ser imparciales los dos platillos de la balanza.

Como antaño David es mejor todavía que imparcial: es sincero. La sinceridad presta a este libro la ligereza con que se cruza también el tempestuoso mar llamado Oriente Medio. Tanto si se lee para buscar información, como si se pretende ahondar en la vida de los personajes, el lector siempre saldrá ganando».

Salvador de Madariaga

«Dios es conocido en Judá,
su nombre es grande en Israel».

(Salmo 76/2).

A Licci, la compañera del
«gran viaje».

EL CIGARRILLO DEL COMISARIO

Jamás ha entrado en los cálculos de Licci la existencia de un invento llamado aviación, por lo que tuvimos que hacer en barco el viaje a Israel.

Me dijeron en la oficina de viajes de Locarno que los israelíes habían vendido su último gran buque de pasajeros: el *Herzl*. Los buques de lujo que navegan por el Mediterráneo evitan los puertos de Israel. Nos decidimos por el *Enotria*, un barco de 5100 toneladas, perteneciente a la Línea Adriática. Dado que incluso el *Siboney*, en el que me traslade a América en diciembre de 1940 en unión de otros refugiados, era casi doble de grande que éste, abrigamos el temor de que nos veríamos obligados a remar.

Amigos que conocían Israel nos facilitaron informes muy valiosos: que en abril todavía hacía allí mucho frío; que el calor era insoportable; que era necesario un coche; que un coche no servía en Israel para nada; que se había de vestir con corrección; que en realidad nadie se vestía nunca. Aconsejados de este modo, decidimos llevar, además del coche, abrigos de piel y bikinis, pantalón corto y traje de noche.

Hicimos alto en Orvieto en el camino a Nápoles. Posiblemente el «Hotel Royal» derive su nombre de los fantasmas reales que acostumbran aparecerse a medianoche, pero los únicos que hicieron su aparición fueron las motocicletas de dos «cazadoras de cuero»; los espectros de acero corrieron la mitad de la noche por la Piazza della Repubbli-

ca, en un intento de robarnos el sueño y estremecer el Campanile. Tuvieron más suerte con este último. Dormimos en un mausoleo real, con frescos azules encima de nuestras cabezas y un teléfono etrusco sobre la mesilla de noche de tres patas. Únicamente se balanceaba un poco la bañera de mármol, un presentimiento relacionado con el *Enotria*.

Antes de irnos a la cama paladeamos en una «trattoria» el famoso Orvieto. El Corso Cavour estaba todavía como en pleno día. Debajo de una patética puerta principal de una casa, dos corpulentas «mammass» vendían un jamón de jabalí rojo oscuro. Protegidas por la sombra de la catedral que glorifica el milagro de Bolsena, callejeaban muchachas con minis y maxis; la moda midi no había penetrado todavía en la ciudad etrusca. Los «cazadoras de cuero» pasaron con estruendo por delante de nosotros, como si tuvieran prisa por ir de un lado para otro sin llegar a ningún sitio. Nos despedimos de la Europa de los etruscos y los «cazadoras de cuero». Hablamos de Israel.

Antes de atravesar Italia, nos habían avisado: *sciopero*. Para el viajero experimentado, las huelgas forman parte de la imagen de la ciudad en la misma forma que los arcos de triunfo. Tampoco nos molestó mucho el hecho de que Italia no tuviera Gobierno precisamente en aquella época: en Italia se puede vivir sin necesidad de Gobierno.

El día siguiente, cuando llegamos a Nápoles, supimos que el *Enotria* zarparía con retraso. Una ventaja en Italia es que no es necesario *sciopero* alguno para un retraso. Un taxista amable nos advirtió que no dejáramos el coche en un sitio público, pues posiblemente volviéramos a ver el auto, pero en ningún caso encontraríamos a nuestro regreso las maletas. Encargamos al portero del «Excelsior» que nos vigilara el coche.

El aire era tibio, calentado por un sol indeciso. En el puerto pesquero, en la parte de Zi Teresa, un trovador de «pizza», ya algo viejo, lanzaba al aire sus quejas amorosas. Las quejas eran lo único creíble. Unos pescadores medio

dormidos se recreaban con el contenido de unas botellas protegidas con mimbre y unos gatos plutócratas de restaurante se repantigaban debajo de las mesas. Oía a putrefacción, pero no podía saberse a ciencia cierta si el olor a podredumbre provenía del agua.

Conté a mi mujer un suceso que viví aquí, en Nápoles, en octubre de 1944. Nosotros, las tropas americanas, acabábamos de liberar la ciudad. Zi Teresa, una ruina en vacaciones que no había sufrido daño alguno, estaba todavía cerrado. Nos sentamos a tomar el sol del otoño. Éramos tres: el comandante Martin Herz, del Ejército de los Estados Unidos, más tarde ministro plenipotenciario en Saigón; el corresponsal de guerra H. R. Knickerbocker, posteriormente derribado en Turquía, y yo. Pasó por allí un acordeonista, que se detuvo frente a nosotros, preguntándonos por nuestros deseos. «*Lilí Marlen*», dijo Martin. Un miedo espantoso brilló de repente en los apagados ojos del viejo. ¿Acaso estos americanos se lo querrían llevar, acusándole de músico colaboracionista que el día anterior había estado tocando todavía para la Wehrmacht? ¿Y si le fusilaran por negarse a tocar? Por fin se atrevió. Cantamos la letra en inglés. El hombre continuó tocando largo tiempo sin aceptar ni una perra. Licci soportó la historia, que ya conocía desde mucho tiempo atrás. ¿Por qué la había contado yo? Probablemente tuviera que ver con el viaje a Israel, como todo lo de estos días. Lo que yo quería decir era que aquí, en Europa, me encuentro en mi hogar. Se está siempre en el hogar de uno cuando se recuerdan viejas historias.

Cenamos en el «Excelsior». El *establishment* se ha refugiado en los establecimientos de lujo, donde espera la llegada de mejores días. Algunos matrimonios americanos demostraban en el comedor el miedo a sus hijos. Hijos bien acomodados de padres bien acomodados. Tenían el mismo aspecto que los «cazadoras de cuero» de Orvieto.

Hacia las diez, con un tráfico criminal, nos dirigimos a la Stazione Marittima. Al despachar el coche en la Aduana,

nos dimos perfecta cuenta de que toda la Mafia no ha emigrado a América. Tras una burda actuación encaminada a la obtención de propinas, la Mafia oficial renunció al examen de documentos que no existen en absoluto. Por lo demás, me gustan los italianos. El fascismo se ha mantenido únicamente en su burocracia, por lo que no estoy seguro de si los funcionarios de Aduanas serán o no realmente miembros de la «Cosa Nostra». A lo mejor son tan sólo miembros del fascismo.

Los viajeros se habían reunido entretanto en una gigantesca y helada sala, cuyo centro estaba ocupado por una mesa asimismo helada y gigantesca, rodeada de bancos: medio salón de baile, medio asilo para gentes sin hogar, medio tierra firme, medio entrepuente. Ni rastro del alegre ambiente de despedida de los viajes por mar. Era como si se estuviera esperando la salida de un buque de emigrantes: *point of no return*. Me acordé de Ellis Island, la isla del Diablo de Nueva York, donde daban con sus huesos los fracasados. Ellis Island ha dejado de existir. Bien es verdad que el terreno continúa en el mismo lugar, pero el diablo ha sido ahuyentado. Sin embargo, quizás haya una Ellis Island en todos los lugares donde hay judíos.

Un funcionario vestido de paisano recogió los pasaportes y los echó encima de la mesa con un gesto de repugnancia. Eran pocos los pasaportes elegantes que había en el montón: algunos sudamericanos, unos cuantos israelíes y también unos documentos de apátridas. Hombres y mujeres, apiñados alrededor de la mesa, no quitaban ojo de sus pasaportes, aferrándose a sus documentos: la fotografía del pasaporte era la única prueba de su existencia.

¿Acaso eran imaginaciones mías? Estábamos en 1970, abril de 1970. El *Enotria* es un buque como cualquier otro, un barco que hará escala en el Píreo, en Rodas, en Chipre. ¿Desean ustedes recorrer la isla? Cinco dólares la excursión en grupo. Los judíos son personas como las demás desde 1945, o a más tardar desde la guerra de los Seis Días. Un

pasaporte es un pasaporte. O un pasaporte es un pasaporte es un pasaporte, como repetirían los papagayos de Gertrude Stein. ¿Sólo porque el buque se dirige a Israel? Simples imaginaciones.

¿Imaginaciones tan sólo? Los viajeros tenían aspecto de cansancio, como si hubiesen estado esperando, no durante horas, sino durante años. ¿Se les habría hecho esperar tantas horas si el buque se hubiera dirigido únicamente a Atenas, *cruise* del Mediterráneo? Un hombre flaco y viejo, con un agujero redondo como un monóculo en el sombrero, ataba con cintas una vieja carpeta de documentos. Un judío español daba a los otros «sugerencias», como si fueran sugerencias y no un pasaje lo necesario para viajar en el *Enotria*. Una mujer obesa, pero de rostro flaco, se había sentado, extenuada, en el banco de academia de baile que había junto a la pared. Se le había subido la falda y se veía una media sujeta con una cinta de goma. Un hombre joven de cabello rojizo (caftán, rizos y ancho sombrero negro) se escondía detrás de las espaldas del parlanchín español.

Luego penetraron en la sala los miembros del «tribunal de viaje». Dos de ellos vestían uniforme, los otros lo llevaban sólo en la cara. Tomaron sitio a lo largo de la mesa: un tribunal popular atenuado por Italia.

Los viajeros se mostraban ruidosos y humildes a partes iguales. Cada uno quería colocarse delante de los demás, como cuando se reparte la comida a los pobres, con el plato en la mano. Tendían las manos hacia los pasaportes como si pidieran una limosna.

Ignoro la razón de que se retrasara el despacho de los documentos. En algunos de los pasaportes había papeles que los viajeros tenían que firmar. ¿Eran necesarias las firmas? Se dice que los funcionarios tienen olfato para el contrabando. Para lo único que tienen olfato es para los débiles.

Un miembro de la Inquisición de viajes puso un papel delante de una mujer joven y morena de cabello desgreña-

do: «Firme aquí», ordenó a la mujer. Ella dibujó su firma como si no supiera escribir. Un viejo caballero rubricó su firma con rasgos propios de una mano ejercitada en la escritura. Fue visible un número tatuado en el brazo velludo, pero el hombre no era ningún marinero.

El inquisidor que había entrado primero estaba en el extremo de la mesa, con el sombrero puesto todavía. Tenía la nariz puntiaguda, unas manchas hepáticas y unos ojos que parecían de cristal.

Ahora se pone un cigarrillo entre los labios. A su lado hay un viajero con una nariz grande y gris y una calva también gris y vestido con un traje raído asimismo gris. Toca el brazo del funcionario, sonríe con una expresión de desamparo, como si lo hubiese vendido y empeñado todo, como si no tuviera ya otra cosa que vender y empeñar sino su sonrisa. Servil, con una sonrisa de quien intenta el soborno, indica al funcionario que éste se ha puesto en la boca el cigarrillo al revés, con el filtro hacia fuera. Quiere hacerse agradable al comisario. Hay que hacerse agradable a los comisarios. Quizás el comisario se acuerde algún día de él, del hombre que evitó que encendiera el cigarrillo por el filtro. El funcionario ni le mira siquiera, da la vuelta al cigarrillo sin una palabra de agradecimiento. El viejo le da fuego. Luego se oye su apellido al ser llamado: Garfinkel.

Licci, pequeña y perdida entre la multitud, me dirige una mirada. Es una mirada que conozco: «¡Por favor, no hagas un disparate!», clama la mirada de mi mujer. Presiente que haré alguna cosa. Que quitaré al inquisidor el cigarrillo de la boca. O quizá todavía peor: que cogeré a Garfinkel por los hombros y lo sacudiré a conciencia. Que diré: «Garfinkel, tienes un pasaporte en vigor, un pasaporte boliviano, aunque es cierto que tú no has nacido en Bolivia, pero es igual. Has pagado tu pasaje de primera o segunda clase, sin que ello le importe a nadie. Y el funcionario está aquí para sellar tu pasaporte. No sé de otra razón para que esté en el mundo. Déjale que encienda su cigarrillo al revés. Eso

es cosa suya, Garfinkel. Nadie ha escapado a la cámara de gas por haber evitado la quema de un cigarrillo. Tú no eres un internado de un campo de concentración, Garfinkel, no eres un emigrante, un *réfugié*, un *indeterminé*. No hemos arriesgado nuestras vidas para que tengas miedo a un miserable funcionario que sella pasaportes. Tú te apellidas Garfinkel lo mismo que él se apellida Moretti o Lombardi; tú te diriges a Israel lo mismo que otros van a Grecia o a Bali. No tienes por qué salvar ningún filtro de cigarrillo, no tienes por qué dar fuego a nadie, Garfinkel».

No quité al comisario el cigarrillo de la boca, tampoco sacudí a Garfinkel; lo único que hice fue señalar nuestros pasaportes en el feo montón de documentos. Eran unos pasaportes elegantes, americanos, el mío con cubierta de piel de cerdo, el de Licci en boxcalf. «*I, the undersigned Secretary of State of the United States of America, hereby request...*». El gran inquisidor alzó la vista, observó que yo vestía un abrigo de viaje inglés; vio que yo no le daría consejo alguno en relación con sus cigarrillos; vio que posiblemente le daría una bofetada, y sonrió como una marquesa del rococó sonríe a su amante, pescó nuestros pasaportes entre la montaña de documentos, los selló y me los entregó haciendo una reverencia de minué. Quizá supuso que descendería del barco en Grecia, en Rodas o en Chipre. Un hombre con un abrigo elegante, con un pasaporte distinguido, de viaje a un país refinado.

No se alzó ni un grito de protesta, la gente hizo paso. Recordé un verso de una poesía de emigrantes: «*Veo deslizarse nobles sombras derrotadas...*». Salimos de prisa a la noche por delante de sombras derrotadas y cruzamos el muelle en dirección al iluminado buque. Los camareros esperaban, vestidos con el blanco uniforme. ¿Habíamos vivido una pesadilla? Las mujeres viejas y cansadas con los zapatos destrozados por el uso, con las maletas atadas con cuerdas; los ojos llenos de miedo a los golpes; los humillados pacientes, los impacientes que imploran ayuda; las es-

paldas encorvadas; las pardas bolsas de papel; el mendigo en forma de pasajero; el brazo con el número del campo de concentración. Y Garfinkel. ¿O acaso únicamente era yo el que lo había visto como una pesadilla? Siempre habrá pobres, eso no es nada nuevo, y, al fin y al cabo, los pasajeros del *Enotria* no podrían serlo hasta tal punto. ¿Compasión? No, nada así de noble. Había sentido vergüenza delante de los inquisidores. ¿Pero me habría avergonzado si mis compañeros de viaje no hubiesen sido judíos? Yo era responsable de Garfinkel, incluyendo mi fe de bautismo húngara, mi pasaporte americano y mi abrigo de viaje inglés.

El barco era pequeño, pero bonito, y nuestro camarote, lo bastante grande para nuestro equipaje. Camareros diligentes lo apilaron debajo de las camas. Salimos a cubierta.

Junto a mí, apoyada en la borda, había una mujer pequeña cuya presencia no había notado todavía. Llevaba un sombrero de encaje con velo de encaje. Era un puro encaje toda ella. Me ofreció sus prismáticos, unos pobres prismáticos para la ópera. Me los llevé a los ojos. Y como desde pequeño no he podido resistir la tentación de mirar con los prismáticos de ópera al derecho y al revés, hice ahora también la misma operación. Nápoles, la *dolce Napoli*, quedó de repente muy lejos. Y la costa europea, increíblemente pequeña.

EL REGRESO DE ISAAC GARFINKEL

El Estado de Israel es independiente desde el 14 de mayo de 1948. ¿Por qué había vacilado yo tanto tiempo en hacer una visita a Israel? Cinco días en alta mar dan tiempo para reflexionar, no es suficiente estudiar la guía.

Mi familia, tanto por parte de padre como de madre, procede de Hungría, del Regnum Marianum. Aunque aproximadamente la cuarta parte del pueblo húngaro es protestante, fue la Iglesia católica la que dominó en Hungría hasta 1918, La pesca que efectúan los católicos apenas tiene orden ni concierto: al pescador le da lo mismo que caigan ballenas que truchas. La intolerancia forma parte del Este en la misma forma que el polvo y la suciedad están siempre presentes en los caminos vecinales, de aquí que el comunismo encuentre hoy un suelo fértil en esta nación. A pesar de todo, la intolerancia del reino mariano no podía ser «racista»: ¿Por qué habría de convertirse un judío al catolicismo si en lo sucesivo se le continuaría persiguiendo también por su condición de judío? La Iglesia católica no puede hacer nada con peces muertos. Los proselitistas pescaban oportunistas. Para el oportunismo, como para la corrupción, son necesarias dos partes. Se estableció una diferencia entre cristianos «nacidos» y cristianos «bautizados». Los «nacidos» cristianos no eran considerados judíos, se les concedía un plazo de prueba. Era igual que se tratara de católicos o protestantes, como lo soy yo, pues los calvinistas no querían ser peores pescadores que los católicos. Es-

to cambió cuando Hungría dejó de ser un reino mariano para convertirse en un satélite hitleriano, pues fueron asesinados 200 000 judíos cristianos, lo mismo «nacidos» que «bautizados». Eichmann hizo una buena cosecha en Hungría. La mayoría de los judíos húngaros se vieron frente a la muerte llenos de asombro. ¿Cómo podían hacerles una cosa así siendo húngaros? No es una contradicción el hecho de que muchos judíos húngaros emigraran muy temprano a Palestina, aunque tenían la oportunidad de convertirse en cristianos una vez pasado el plazo de prueba. Alrededor de 200 000 israelíes, una octava parte de la población, proceden de territorios de habla húngara. Sólo una parte huyó del antisemitismo, la mayor parte escapó por razones de oportunismo. Theodor Herzl, el apóstol del sionismo, nació en Budapest.

He temido al sionismo desde que tengo uso de razón: «*Si nos dejaron en paz...*», escribió Herzl. «*Pero no nos dejarán en paz*». También escribió estas palabras: «*Somos un pueblo, un pueblo*». ¿Se es un pueblo únicamente porque no se le deja en paz? Joseph Roth escribió: «*El judío tiene derecho a Palestina, no porque proceda de este país, sino porque no quiere otro*». ¿No era esto poesía? ¿Y aplicable a mí? Mi familia materna había estado cuatrocientos años a orillas del Balatón. Balatonboglar se llama la patria chica, una aldea a orillas del lago Balatón. La abuela, una rubia diminuta, sujetaba los gansos apretándolos entre sus rodillas, para llenar de maíz el estómago de los pobres animales. El carro de adrales del tío. Las plumas de gallo ondeaban en los rígidos sombreros de los gendarmes. Nos bañábamos donde bebían los caballos. Las secas acacias cubiertas de polvo; los niños de la aldea corríamos detrás de Maté, el tonto del pueblo, y los gitanos tocaban en el restaurante de la estación. Un pueblo judío, un pueblo... ¿Y ahora no iba yo a ponerme sentimental al escuchar la canción *Csak eg y kisleány van a világon*? No es un perro por el hecho de recibir palos, los seres humanos reciben más palos que los

perros. El sionismo no era capaz de convencerme. No se huye por convicción, y el miedo es únicamente vergonzoso para el que lo provoca. ¿Había yo dudado tanto tiempo por este motivo? ¿Temía encontrar la confirmación de mis dudas? ¿Sentía el temor del desengaño? Tenía miedo únicamente del amor. No resulta fácil separarse de Balatonboglár.

Nos acercamos al estrecho de Corinto. Yo me encontraba en cubierta, junto a un párroco rural de Tours. El sacerdote, grueso y sonrosado, como salido de los *Contes drôlatiques*, iba al frente de un grupo de peregrinos, cinco hombres y cuatro mujeres, que se dirigían de Francia a los Santos Lugares. Uno de los hombres, empleado de ferrocarriles y fotógrafo aficionado, me pidió detalles relacionados con las lentes de mi «Leica». Me enseñó el itinerario de la peregrinación: Basílica de la Anunciación en Nazaret, servicio divino; el Pesebre en Belén, servicio divino; visita a la iglesia ortodoxa rusa que se alza al pie del monte de los Olivos, ningún servicio divino. Con respecto a la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, aún no había ningún proyecto. El lago de Genezaret, Cafarnaún, la Vía Dolorosa, Getsemaní, el monte del Sermón de la Montaña, y servicios divinos según necesidad.

Dos judíos jóvenes tocados con pequeños gorros estaban en la torre existente encima del puente de mando. Los vi por vez primera. Había muchos «hippies» entre los pasajeros de segunda clase; algunos se apoyaban en la borda, al lado de los jóvenes judíos. Los largos abrigos negros de los jóvenes judíos ondeaban a impulsos del viento. Y a impulsos del viento ondulaban también los largos y abigarrados abrigos de los «hippies». Colores de papagayo y colores negros, cabellos largos de la tradición y cabellos largos de la protesta, silencio y guitarras, todo al viento. Yo tenía en la mano el papel con el programa de la fe. Y mientras lo tenía delante de mí, miré de reojo por encima del borde a los jóvenes judíos.